

y exenta ya de los preceptos convencionales que aprisionaban á los ingenios.

Todavía fué mayor el servicio que hizo Durán á las letras patrias, coleccionando, juzgando y mostrando el extraordinario valer de nuestros antiguos romances. Así abrió ó allanó el camino que otros doctos escritores, como D. Manuel Milá y Fontanals y D. Marcelino Menéndez y Pelayo, han seguido más tarde, para poner en claro conocimiento de todos la poesía épico-popular de los españoles, la más rica acaso de los pueblos de Europa: poesía que dimana de las antiguas *Canciones de gesta*, aristocráticas en su origen, en su forma con algo de exótico é importado, y quizás por la primitiva rudeza del lenguaje, no llevadas á perfección artística. La informe riqueza, el rudo tesoro que aquellas *Canciones* contenían hubo de derramarse copiosamente desde antes de mediado el siglo xv, en más alto y fácil estilo, en versos octosílabos y asonantados, creándose así los que en estricto sentido se llamaron romances, epopeyas fragmentarias y breves, las cuales, enlazadas á veces por el hilo de una singular historia, componen algo á modo de una sarta de perlas de maravillosa hermosura. La producción de esta poesía épico-popular llega hasta nuestros días, y Durán contribuyó, antes y más que nadie, á elevarla de nuevo de la postración y del injusto menosprecio en que había caído.

Desde 1828 empezó á publicar colecciones de romances: primero los moriscos, después los

amatorios y jocosos, y por último los históricos y caballerescos. Reunidos todos estos romances, aumentado su número en gran manera, clasificados y ordenados é ilustrados y precedidos de un discurso preliminar interesantísimo, dió Durán á la estampa en 1851 su *Romancero general*, en dos gruesos volúmenes de la Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra.

Inspirado por la lectura de dichos romances, é imitando con gracioso primor el estilo y lenguaje de los más antiguos, Durán se mostró poeta, componiendo dos bonitas leyendas, en sendas series de romances, titulada una de las leyendas *La Infantina de Francia* y sus amores con el hijo del Rey de Hungría, y titulada la otra *Leyenda de las tres toronjas del vergel de amor*. De esta segunda leyenda hemos tomado los versos de Durán que contiene nuestro FLORILEGIO.

Sobre la vida de Durán, sin entrar en pormenores que no caben en el plan que me he trazado, sólo diré que nació en Madrid en los últimos años del siglo xviii, que en 1839 fué recibido como académico de número en la Real Academia Española, y que murió en Madrid el día 1.º de Diciembre de 1862.

Don Ventura de la Vega nació en Buenos Aires, capital hoy de la República Argentina, en el día 14 de Julio de 1807.

La circunstancia de haber nacido en la men-

cionada ciudad hace que D. Marcelino Menéndez y Pelayo incluya algunas de sus composiciones en la *Antología de poetas hispano-americanos* y dé noticias de su vida y atinado y juicioso concepto de su mérito y trabajos literarios.

También yo, años antes, en la obra titulada *Autores dramáticos contemporáneos*, publicada por D. Pedro Novo y Colson, inserté una extensa disertación donde expongo mi juicio sobre Vega como poeta lírico y como dramaturgo. Poco ó nada tengo que añadir ahora á lo que entonces dije, por lo cual me limitaré aquí á extractarlo y hasta á reproducir lo que más esencial me parezca.

Era el padre de D. Ventura un alto empleado en Hacienda. Era su madre una señora argentina. Viuda ésta á los cinco años de haber nacido su hijo, le crió con amor y esmero, y á los once años de su edad, le envió á España á seguir una carrera, bajo la protección de un tío suyo, que ocupaba posición elevada.

Vega se educó en el colegio de la calle de San Mateo, donde tuvo profesores excelentes como D. Alberto Lista y Hermosilla, y compañeros de estudio famosos después en España en las letras y en la política, como Espronceda, Ochoa, Molins y Pezuela.

Cerrado el colegio de San Mateo bajo el gobierno de Calomarde, Vega siguió recibiendo lecciones particulares en casa del insigne maestro D. Alberto.

Allí intimó con Segovia y Escosura, y con

otros ingenios, los cuales fundaron la Academia del Mirto, que Lista dirigía.

Por aquel tiempo, aunque Vega no era ni muy apasionado ni muy á propósito para la política, entró en una sociedad secreta llamada de los Numatinos, lo cual le costó que el Superintendente de policía le arrestase y le obligase á pasar tres meses de reclusión en el convento de Trinitarios. Allí su despejo, su gracia y su carácter dúctil y bueno le ganaron la voluntad de los Padres, quienes le regalaron y mimaron de suerte que el recluso no quería salir de la reclusión, cuando ésta dejó de ser forzosa, ni quería volver al mundo donde sólo le aguardaban inquietudes y privaciones.

Su tío y protector ya había muerto.

La madre de Vega le envió algún dinero para que regresase á América. El amor de una mujer retuvo á Vega en España.

La vida trabajosa á par que alegre de sus mocedades viene con pormenores curiosos en el bello elogio fúnebre que hizo de Vega su compañero y amigo D. Juan de la Pezuela.

Entonces fué cuando se dedicó Vega á traducir y á arreglar comedias del francés para ganarse la subsistencia. Pasan de ochenta las obras de esta clase que dió al teatro.

Protegido por D. Martín de los Heros, obtuvo un empleo de 12.000 reales.

Casó con doña Manuela de Lema, celebradísima por lo bien que cantaba. De ella tuvo dos hijos. El mayor, D. Ricardo, debe considerarse,

en la pintura de la vida del pueblo bajo y de las costumbres madrileñas dentro de pequeños cuadros dramáticos en un solo acto, como digno sucesor de D. Ramón de la Cruz.

Vega amó mucho á su mujer, la cual influyó en su espíritu. De volteriano que era en su mocedad vino á hacerse devoto en la edad madura, y hasta parece que, á poco de la muerte de su mujer, en 1854, Vega sintió viva inclinación á retirarse á un convento.

De la parte que ha tomado en la política, no queremos hablar. Baste decir que en 1847 fué cuando gozó de más favor. Fué maestro de literatura de la reina Doña Isabel II y su gentil hombre y secretario particular; obtuvo la Gran Cruz de Isabel la Católica, y, como dice su biógrafo Cheste, llegó á ser Subsecretario de Estado.

Más propios de su índole y condición fueron los empleos artísticos y literarios que desempeñó más tarde. El conde de San Luis, cuando creó el Teatro Español, le nombró su Director, con general aplauso. Por último, en 1856, siendo ministro de la Gobernación D. Cándido Nocedal, Vega fué nombrado director del Conservatorio de música y declamación.

En este empleo, para el cual era tan idóneo, le conservaron todas las Administraciones, hasta su muerte, ocurrida el 29 de Noviembre de 1865, á los cincuenta y ocho años de edad.

Vega había sido elegido académico de número de la Real Academia Española, desde muy

temprano; desde 1842, cuando contaba poco más de treinta y cuatro años.

Los últimos de su existencia fueron harto penosos, por las continuas dolencias que le afligían. Se diría que vivía de milagro, y que su voluntad y su espíritu le sustentaban.

Su afable natural y su peregrino ingenio, que tan gallardas y frecuentes muestras daban de sí en la conversación familiar, esmaltándola de chistes urbanos, no le abandonaron nunca.

Tal fué el hombre que, en aquella brillante época de renacimiento literario, sobresale entre muchos que indudablemente valían; y, si por fecundidad y riqueza de inventiva, por originalidad y brío de imaginación, y por enérgica novedad en el estilo propio, queda por bajo de Zorrilla, Espronceda, duque de Rivas, Bretón de los Herreros y García Gutiérrez, por rectitud de juicio, por acendradísimo buen gusto y por primorosa elegancia de dicción, nos parece que supera á todos, desempeñando así, en aquella revolución literaria, el útil y conveniente papel de conservador de las tradiciones de la escuela clásica, tan ilustrada por Lista, Moratín, Gallego, Hermosilla y Quintana.

Las obras dramáticas originales de Vega son *el drama histórico Don Fernando el de Antequera*, la comedia *El hombre de mundo*, la tragedia *La muerte de César*, y tres á modo de loas: una *La tumba salvada* encomiando á Calderón; otra que encierra, como cerco de oro riquísima joya, *El premio del bien hablar* de Lope, comedia hábil-

mente refundida por nuestro poeta; y otra por último, cuyo título es *La crítica de El sí de las niñas*, donde con notable talento satírico y cómico reaparecen los personajes creados por Moratin, transfigurados todos y moralmente muy empeorados por la perversión de la edad en que vivimos, lo cual es históricamente falso, aunque no por eso invalida el efecto de la sátira.

Si hemos de decir toda la verdad, no falta quien dé á entender que los estudios de Vega fueron más someros que profundos, porque en su primera mocedad se estudiaba en España harto menos que en el día. Suponen los que tal dicen que Vega, más que en la lectura de los autores latinos y griegos, aprendió su clasicismo en libros franceses del tiempo de Luis XIV y Luis XV y que sus burlas contra la estética y contra una crítica más filosófica y más amplia que apareció entre nosotros estando ya Vega en su edad madura, provienen de poco meditada ligereza. De esta suerte atribuyen mucha mayor importancia de la que tienen en realidad á no pocas graciosísimas humoradas suyas: humoradas muy útiles en el fondo porque se contraponen y valen de rémora ó de freno á una flamante pedantería, no menos fastidiosa que la de D. Hermógenes ó que las del mismo don Pedro, el adusto censor en *El café ó la comedia nueva*.

Dejando que cada cual juzgue y estime á su antojo las causas y el alcance de las susodichas humoradas, transcribiré aquí para terminar, otro

párrafo del ya citado escrito mío, donde me complazco en recordarlo.

En fuerza de amar lo regular, lo terso y lo pulido, Vega menospreciaba á eminentísimos poetas, algo desordenados y rudos, pero como odiaba las disputas, y no gustaba de malquistarse con nadie, por asuntos que en resumidas cuentas le importaban poco, solía decir *amén*, permitasenos lo familiar de la expresión, á muchas alabanzas hiperbólicas dadas á ciertos *genios*, aunque luego en sigilo protestase y se desahogase con chistes. Así, por ejemplo, le acontecía con Shakespear, á quien él creía inculto y desatinado, si bien con aciertos: y así le acontecía con muchas cosas de nuestro Calderón, aún de las que más se celebran y admiran.

Las décimas, pongo por caso, de

Apurar, cielos, pretendo...

las recitaba él con mucho énfasis, arqueaba las cejas al recitarlas, meditaba ó aparentaba meditar profundamente sobre ellas y acababa por declarar que le parecían un trabalengua casi sin sentido, que nadie entiende, ni el propio Calderón hubo de entender tampoco.

Don Manuel de Cabanyes es sin duda un notabilísimo poeta, agostado en flor por mano de la muerte. Nació en Villanueva y Geltrú el 22 de Enero de 1808. Murió, en su

país natal, en una quinta de su familia, el día 16 de Agosto de 1833, cuando contaba poco más de 25 años de vida. Consagrada ésta al estudio, apenas hay sucesos exteriores que referir al escribir; pero la vida de su alma fué fecunda y rica en íntimos sucesos. Indeleble y bella memoria de ellos nos ha dejado el poeta en sus pocos, bien sentidos y mejor pensados versos.

Estos, viviendo aún Cabanyes, se publicaron en su mayor parte en 1833 con el título de *Preludios de mi lira*.

Desde entonces hasta el día de hoy ha ido creciendo la estimación del mérito de Cabanyes en la mente de aquellos que entienden la hermosura de la poesía, que penetran en lo más hondo de sus misterios y que aciertan á percibir en el enlace y concisa trabazón de la palabra rítmica, el tesoro de ideas y de sentimientos sublimes, allí para siempre cifrados.

Los más discretos y entusiastas encomiadores de Cabanyes han sido D. Joaquín Roca y Cornet, D. Manuel Milá y Fontanals y más recientemente D. Marcelino Menéndez y Pelayo, con cuyo juicio convengo y al que me remito.

Quintana y Gómez Hermosilla, consultados con modestia por Cabanyes, pocos meses antes de morir, juzgaron favorablemente sus versos; pero ninguno de los dos comprendió, á mi ver, la novedad y la originalidad que en ellos habia; la aparición de un clasicismo más sencillo y más puro que el que prevalecía por entonces, clasicismo más conforme con el de la primitiva poe-

sía helénica que con el de sus imitadores latinos, italianos del renacimiento y franceses del tiempo de Luis XIV.

En el dintel de la historia literaria novísima de Francia aparece un iniciador que en la poesía pone enérgica savia, contribuyendo con su clasicismo helénico al florecimiento de la poesía romántica y sobre todo de la alta poesía lírica inmediatamente inspirada por la naturaleza, y libre de reglas convencionales. Tal fué en Francia Andrés Chenier. En Italia, Hugo Fóscolo se le parece bastante. Y en España hace papel idéntico Cabanyes, por coincidencia y no por imitación, con brio y aptitud no menores, si bien menos completa y brillantemente por no consentirlo la brevedad de su existencia.

Cabanyes, así porque murió temprano, como también porque nació temprano, componiendo sus versos para un público poco preparado aún para oírlos y entenderlos, no goza de la fama y de la popularidad que merece. Acaso con el tiempo esta popularidad y esta fama lleguen á difundirse. Entre tanto, debemos complacernos en consignar aquí el testimonio de nuestra admiración, así por las innegables bellezas que sus *Preludios* contienen como por cuanto pudo presumirse y esperarse, al oír los *Preludios* que hubiera brotado de la lira de Cabanyes tan prematuramente rota.

Don Nicomedes Pastor Díaz
ha sido el más romántico de todos nuestros mo-

dernos poetas, si como calidades principales y características del romanticismo consideramos la melancolía, las quejas contra la suerte, la lúgubre visión de cuanto hay en el mundo, el deseo de morir y el odio á la vida. De todo esto, patente en sus elegantísimos versos, he hablado ya con algún detenimiento en la introducción de esta obra. Para no repetirme, me remito ahora á lo allí dicho.

No me atrevo con todo á calificar de pesimista á D. Nicomedes. Su menosprecio del mundo, las sombrías y fúnebres pinturas en que se complace él en representarle, las tenebrosas apariciones que surgen del fondo de su alma, adquiriendo forma exterior y sensible, por el esfuerzo de su poderosa fantasía, distan mucho de ser el horrible concepto que el incrédulo desesperado, como por ejemplo Leopardi, forma de las cosas. La musa de D. Nicomedes, no es la desesperación sino el ascetismo austero, aunque rico de esperanzas ultramundanas. Para su propio individuo, nada le parece bien en esta vida presente; pero, si el mundo es un valle de lágrimas, con el don precioso y tremendo del libre albedrío cada cual puede para siempre perderse ó salvarse. Los infortunios sufridos con resignación, el dolor aceptado sin rebeldía, nuestra vencedora conformidad con la voluntad del cielo, pueden valernos eterna gloria. Esta vida mortal tiene, por lo tanto, altísimo objeto y es de gran precio para D. Nicomedes. Y si mirado individualmente todo está mal en este mundo y no

hay ventura á que no podamos aspirar y que no podamos conquistar en el otro, la colectividad total del género humano, así como la parcial, que llamamos nuestra nación, pueden columbrar, en el espíritu de D. Nicomedes, en el tenebroso y revuelto mar de desventuras por donde vamos hoy engolfados, la luz radiante de una divina aurora; un porvenir dichoso, donde se eleve la humanidad á muy altas esferas, aun sin salir de este mundo material en que vivimos.

El poeta, según la estética de D. Nicomedes, es el hierofante, es el guía que debe mostrar á la humanidad la senda en cuyo término esa luz resplandece. El poeta debe tener y cumplir una misión social y religiosa. No debe limitarse á exhalar lamentos estériles. Por eso D. Nicomedes condena sus versos, y en el prólogo que puso en ellos al darlos á la estampa, asegura que no los publica, sino que los imprime, para que fácilmente puedan adquirir copia de ellos algunos amigos indulgentes que se la piden. En su tiempo, no es ya posible la poesía como él la concibe, aunque no niega que podrá serlo de nuevo en lo futuro. En su tiempo, la carencia de fe y el caos de ideas y de opiniones encontradas no consienten que sea el poeta algo á modo de vidente ó de apóstol, sino criatura quejumbrosa y aflictiva, cuyas lamentaciones se disiparán ó se olvidarán al cabo.

Con tanta severidad se juzgó á sí propio D. Nicomedes al imprimir sus versos; pero fué injusta la sentencia que fulminó contra ellos, y no se

ha cumplido ni se cumplirá nunca. Aunque sólo persistieran las dos composiciones que insertamos en esta obra, *Mi inspiración* y *A la luna*, ellas bastarían para colocar á su autor entre los más egregios poetas líricos que en el siglo XIX hubo en España.

Y no sólo como poeta lírico descolló D. Nicomedes Pastor Díaz. Fué también elocuentísimo orador. En nuestra historia política figura como notable hombre de Estado. Desempeñó altos cargos. Fué varias veces Ministro de la corona y Representante de España en las cortes de Portugal y de Cerdeña.

La Real Academia Española le recibió como individuo de número el 17 de Noviembre de 1847. Hay en su discurso de recepción una tesis, en mi sentir, verdadera, ingeniosa y elocuentemente demostrada: la conveniencia de que el pensamiento y la acción no se divorcien; de que en este punto no haya división de trabajo; de que el sabio especulativo, el filósofo ó el poeta sea y pueda ser á la vez el político práctico, el legislador y el gobernante.

A mi ver no contradicen esta doctrina de don Nicomedes la escasa importancia y el relativo poco buen éxito en bien de la patria, de sus gestiones, cuidados y afanes como legislador y como repúblico. Si de todo ello no han sido brillantes ni provechosos los resultados, no sé yo á quién debamos culpar.

Cuando la filosofía de la historia sea ciencia lograda y no meramente deseada, tal vez todo

se explique. Lo que es por lo pronto no será yo quien pretenda explicarlo. Sólo afirmaré que está en un error quien imagina que la fortuna ciega, el atrevimiento, la facilidad de palabra ú otras prendas más apropósito, para lucir y para medrar que para gobernar, son las que elevan á los hombres en nuestros días. En mi sentir, aunque entren por algo el acaso y las circunstancias, bien puede afirmarse que por lo común son los mejores, los más aptos y los que más lo merecen, los que en política como en todo, suben á grande altura.

En este número, y entre los más escogidos, descuella D. Nicomedes Pastor Díaz.

No me incumbe referir aquí su vida política tan enlazada con la historia de nuestra nación.

Básteme decir como breves datos biográficos que D. Nicomedes nació en Vivero, provincia de Lugo, el 15 de Septiembre de 1811; estudió la segunda enseñanza en el Seminario conciliar de Mondoñedo, y siguió la carrera de leyes, primero en la Universidad de Santiago y en la complutense más tarde. Protegido y alentado como poeta por D. Manuel José Quintana, halló en el General Latorre y en D. Francisco Javier de Burgos valimiento eficaz para obtener sus primeros empleos públicos.

Con D. Joaquín Francisco Pacheco, con Don Antonio Ríos Rosas y con D. Francisco de Paula Cárdenas, escribió *El Correo Nacional* y la revista *El Conservador* de efímera aunque importante vida. Colaboró después en otros periódicos.

En *El Sol* fué el primero en defender la necesidad de proclamar la mayoría de la Reina Doña Isabel II. Diputado varias veces y Senador después, se distinguió por su elocuencia florida, solemne y un tanto cuanto apocalíptica, aunque no por el extremo de la de Donoso Cortés. Así llegó á ser personaje de primera magnitud en el partido liberal conservador, ya en el grupo llamado de los puritanos, ya en la Unión liberal, á cuya cabeza se puso D. Leopoldo O'Donnell, como único jefe, después de desechar y vencer á Espartero y á los progresistas en 1856.

Murió D. Nicomedes Pastor Díaz en la madrugada del 22 de Marzo de 1863 antes de cumplir 52 años. Una hipertrofia del corazón fué la causa de su muerte. En su ya citada última noche, de recuerdo para mí inolvidable, le acompañamos, le asistimos y le velamos en sus últimos momentos el célebre presbítero D. Miguel Sánchez, gran discutidor escribiendo y perorando en el Ateneo, el insigne poeta y novelista D. Pedro Antonio Alarcón y la persona que redacta ahora estos apuntes. Fuimos los tres constantes y cariñosos amigos de D. Nicomedes, cuya amable y sentenciosa conversación nos encantaba, cuyos consejos procurábamos seguir y á cuya bondadosa amistad debimos siempre mil distinciones y favores, que Sánchez y Alarcón reconocieron y agradecieron siempre y á los que yo me tengo por obligado todavía. La modestia y la ordenada economía, con que vivió siempre D. Nicomedes y la honrada pobreza en que dejó

al morir á su familia, después de haber desempeñado tan altos cargos y halládose en ocasiones de ganar bienes de fortuna, son evidente prueba de su probidad y de su desinterés y desprendimiento. Apenas dejó más herencia que algunos libros. De éstos conservo yo, como objeto precioso un Homero, edición de Glasgow, 1756-1758, que D. Nicomedes me regaló pocos meses antes de morir. Y conservo también, si no me es infiel la memoria adquiridos por compra después de la muerte del poeta, los cuatro tomos de un Breviario, ricamente impreso en Madrid en 1848, en la lectura de cuyos himnos y oraciones él se complacía de diario como pudiera hacerlo el más fervoroso sacerdote.

El liberalismo de D. Nicomedes nunca dejó de estar en perfectísima consonancia con su religiosa ortodoxia y con su fé ardiente y firme en la católica doctrina. Acaso, al menos en mi sentir, dicha fe fué algo exagerada. Combinándose con ideas políticas, le llevó más lejos de lo justo, defendiendo con enérgica brillantez el poder temporal del Padre Santo. Sin duda que está muy bien pensado y mejor dicho cuanto piensa y dice sobre la dificultad de que sea Roma, singular ciudad de soberanos destinos en el mundo, la capital de un reino relativamente pequeño y harto inferior en riqueza y poderío á otros de Europa. Harto pesa y seguirá pesando largo tiempo esta dificultad sobre los políticos italianos que procuran vencerla. Pero en lo que no se puede convenir con D. Nicomedes, y se conviene menos

mientras es más alto el concepto del Sumo Pontificado y de su benéfica dominación extendida sobre el haz de la tierra, es en que este imperio espiritual, vencedor y triunfante sobre las mudanzas, trastornos y revoluciones de las sociedades meramente humanas, necesite para su independencia y libre ejercicio tener por aditamento ó apéndice un pequeño estado temporal, donde tal vez milicias extranjeras sostienen por fuerza al Soberano contra los súbditos descontentos, y donde el Soberano, venerado príncipe de la paz, ni para defenderse puede hacer la guerra sin algún escándalo discordante, sobre todo en la época en que vivimos.

Más atinados y juiciosos son otros escritos de Pastor Díaz, muy elocuentes todos y publicados muchos de ellos en seis volúmenes, poco después de la muerte del autor, principalmente por el cuidado afectuoso de D. Fermín de la Puente y Apecechea.

En dichos volúmenes hay una introducción biográfica y crítica del mencionado D. Fermín, donde encomia á su amigo con entusiasmo y con justicia; y también hay prólogos encomiásticos del Marqués de Molins, de D. Juan Eugenio Hartzenbusch, de D. Antonio Cánovas del Castillo, de D. Antonio Ferrer del Río y de quien esto escribe.

Don Bernardino Fernández de Velasco, *Duque de Frias*, nació en Madrid el 20 de Julio de 1783. Murió el 28 de Mayo

de 1851. En los 68 años que duró su vida tomó parte en la larga y no interrumpida serie de revoluciones, trastornos y mudanzas de aquel agitado período de nuestra historia, en el cual España cambió por completo su régimen interior, social y político.

En medio de las costosas y funestas guerras extranjeras y civiles, España ganó algo en su material bienestar y riqueza y perdió en elevación y crédito, así por la rápida prosperidad y encumbramiento de otras grandes naciones como por la pérdida no menos rápida de su ya secular dominio en el continente americano, dominio que no le prestaba fuerza pero que le prestaba aún el esplendor prestigioso de ser el centro del imperio más dilatado de la tierra.

Si las mudanzas de España fueron políticamente tan extraordinarias, no fueron menores las que tuvo en ciencias, artes y letras. A la ideología sensualista de la enciclopedia francesa que informaba las opiniones y doctrinas de los librepensadores y liberales en lucha con el fanatismo y con las ideas absolutistas y democrático-frailunas de los sostenedores del antiguo régimen, vinieron á sobreponerse otras flamantes filosofías, casi sin excepción importadas y no inventadas entre nosotros. Y en lo tocante á las obras artísticas, singularmente en las que se crean por virtud y por medio de la palabra humana, apareció también escuela ó secta nueva, que derribó los preceptos pseudo-clásicos, que restauró la estimación de no poco de lo antiguo y castizo